

HISTORIA BIZANTINA E HISTORIA*

Leónidas MAVROMATIS
Fundación Nacional de la Ciencia (Atenas)

A la memoria de Georgij Ostrogorsky

La paternidad del término *Historia Bizantina* corresponde al erudito alemán Hieronymus Wolf (1516-1580) y queda consagrada en los ámbitos científicos durante el siglo XVII, cuando en la Francia de Luis XIV se dio especial relevancia al estudio de la historia de Bizancio y se inició el desarrollo de los estudios bizantinos. La invención de este nombre, relativamente extraño, se debía a que los estudiosos occidentales del griego, en su veneración por la antigüedad griega, se negaban a reconocer la identidad *romana* a un mundo que se había reconocido a sí mismo en aquella. La historia romana, para esos estudiosos, había terminado con la disolución del Imperio romano de Occidente, de manera que la unidad política con su epicentro en Constantinopla-Bizancio no podía ser contemplada como una continuación del *Imperium Romanum*. Especial peso y significación tiene la elección del término "Bizancio", así como la consideración de un milenio de historia como un período transicional (i.e. de Edad Media) entre la Antigüedad y el mundo moderno. La Ilustración no consiguió interrumpir el estudio de Bizancio aunque negó su identidad y rechazó su sistema de valores por oscurantista. El Romanticismo le aplicó la función de transmisor de la tradición cultural del mundo antiguo y le reconoció su contribución al desarrollo de una civilización propia.¹ En época romántica, cuando en Grecia dominan los aires de la lucha por la independencia, intelectuales como C. Paparrigópulos se vuelcan en la historia de Bizancio para demostrar la continuidad de la nación griega y la pureza de su raza. Se "descubre" así el papel de Bizancio como depositario de la *paideia* clásica y arca de las esencias de la ortodoxia griega, inevitables soportes ideológicos de una Grecia combatiente por su libertad. Los historiadores de la época actuaban además como censores de la vida nacional del momento: Paparrigópulos no duda así en identificar a Temístocles con Focio, manifestando con orgullo el helenismo de ambos, pero revelando también amargura por su insuficiente talla moral, inexorable destino de la

* Traducción del griego por P. Bádenas.

¹ Cf. G. OSTROGORSKY *Ιστορία του Βυζαντινού Κράτους*, Atenas, 1978, vol. I pp.47-7; para la ed. española de la *Historia del Estado Bizantino*, Madrid, 1984, cf. pp. 17-36.

nación, lo cual aprovecha para amonestar a los políticos de su época.² Por último, la mayoría de los historiadores griegos, sean filólogos, arqueólogos, estudiosos de las tradiciones populares, etc. se puso al servicio de la Gran Idea para apoyar las reivindicaciones de la Grecia moderna en el pasado y en el presente.

Aunque los historiadores griegos de Bizancio hayan tenido como principal característica el grecocentrismo —algo que en gran medida todavía tienen hoy— no es menos cierto que también los historiadores europeos han sido paralelamente herederos del culto a la Antigüedad, propio de otros siglos, pero en cambio han conseguido desarrollar la historia bizantina como una rama específica de las ciencias históricas.

Esta breve referencia a cuatro siglos de historia de la historia bizantina permite apreciar el retraso y las insuficiencias del desarrollo de sus teorías y métodos. Estas deficiencias son más llamativas cuando, en nuestros días, se consume el abandono de la consideración humanística del pasado y se busca en cambio al hombre detrás de cada acontecimiento histórico. Así, sin renunciar a lo adquirido, se abandona la tradicional lectura y escritura de la historia, cuyo objetivo fundamental se cifró en la relación de acontecimientos y en la formulación de juicios en relación con el código ético del momento. Se vuelve así a determinar la función del historiador como objeto de su propia ciencia, así como el lugar o, mejor, el campo del historiador dentro de la sociedad y sus relaciones tanto con las demás ciencias del hombre y la sociedad como con las ciencias de la naturaleza.³ Pero aún hay más, se ponen a prueba teorías y métodos que amplían los horizontes de la ciencia histórica y revalorizan la cantidad y calidad de las informaciones que o bien existen a disposición del historiador o bien llevan a la búsqueda de otras nuevas, frecuentemente dentro de los logros de las demás ciencias.⁴

El historiador, cuando decide acercarse a un acontecimiento histórico, no es ajeno a una teoría o a un método, en la medida en que él mismo es portador de una ideología concreta. Frecuentemente, de manera consciente o no, penetra

² Cf. C. PAPARRIGOPULOS *Ιστορία του Έλληνικού Έθνους*, Atenas, 1932, vol. III, p. 311: "Temístocles y Focio lucharon por la independencia de la nación...desgraciadamente ninguno de los dos tuvieron la suficiente fuerza moral que constituye la virtud capital del hombre público...mas ¿las naciones que entregan su suerte a hombres que carecen de esa virtud pueden acaso subsistir y prosperar? Oportuna cuestión para nuestro presente y futuro...". Cf. C. DIMARAS C. *Paparrigópulos*, Atenas, 1986, pp. 256-7, 267 ss. Cf. igualmente pero desde otro ángulo riterios G.CORDATOS *Άκμή και παρακμή του Βυζαντίου*, Atenas, 1974⁵.

³ Continúa siendo una fructífera guía para las relaciones historiador-historia la obra de M.BLOCH *Apologie pour l'Histoire ou métier d'historien*, París, 1974⁷, esta edición está prologada por otro importante historiador de la Edad Media, G. Duby. Entre la bibliografía más reciente figura E.LE ROY LADURIE *Le territoire de l'historien*, París, 1973 y el colectivo en tres vols. dirigido por J.LE GOFF-P. NORA *Faire de l'Histoire*, París, 1975.

⁴ Especial interés presentan los puntos de vista de J.TOPOLSKI cf. la ed. griega de *Problemas de hisotria y metodología histórica*, Atenas, 1983.

en la información proyectando sobre ésta aquello que desea extraer. Así, pueden reconocerse dos tipos de lectura y escritura de la historia:

a) la que se limita a reflejar pura y simplemente la secuencia de acontecimientos en el tiempo y que

constituye el refugio de las posturas más conservadoras de la ciencia histórica.

b) la que rastrea las relaciones y motivaciones de los acontecimientos históricos.

Para los historiadores del primer tipo la investigación o el debate de la historia como devenir y como ciencia significa simultáneamente la discusión de aquellos valores que se derivan de su postura ideológica general.

Si a la concepción humanística de la historia sigue aquella que investiga al hombre en sí mismo, eso no significa que en esa concepción se hayan configurado perspectivas distintas sobre la función del hombre en el proceso histórico, en el devenir histórico. De manera esquemática se pueden distinguir, por lo menos, dos posturas extremas:

a) la que acepta que el desarrollo histórico es independiente de la voluntad del hombre y que se ve definida por factores o fuerzas externas (Dios, la naturaleza, inconsciente individual, etc.)

b) la que acepta que la historia es resultado de la acción consciente del hombre.

El historiador de Bizancio comienza a participar en el diálogo entre historiadores de nuestra época con una relativa perplejidad, debido a las opciones que estos toman, referidas bien a la historia en general, bien debidas al ejercicio mismo de la investigación histórica, y se ve en medio de las variadas manifestaciones y cruces entre sus diversas posiciones. La confusión del historiador de Bizancio se debe probablemente a que todavía opera con una relativa autarquía que, sin embargo, la ciencia histórica ha rechazado abiertamente, traspasando su hegemonismo a otras ciencias, una vez que ha tomado conciencia de que el historiador no puede sino integrar un consenso sobre teorías y métodos con las demás ciencias humanas y sociales.

Bizancio en cambio continúa constituyendo en gran medida un período desconocido, sobre el que sólo recientemente los historiadores han comenzado a hacerse preguntas que ya han sido planteadas acerca de la Edad Media occidental, el Islam o el Extremo Oriente. Esto se debe principalmente a las dificultades con que se enfrenta el historiador actual y a que generaciones precedentes de historiadores han legado una determinada concepción de la historia bizantina, así como el correspondiente material elaborado exclusivamente conforme a dicha concepción. Aún más, existen una serie de factores que frecuentemente aparecen al margen de la voluntad del historiador y que actúan como un freno. Así, una gran mayoría de investigadores persisten todavía en una lectura tradicional del material. La dispersión que aún existe en la información obliga al reducido número de historiadores de Bizancio a centrarse en la recogida y revisión de los materiales, con el

consiguiente desarrollo de las llamadas "ciencias auxiliares" (diplomática, numismática, epigrafía, codicología, etc.), donde predomina como *optimum* el establecimiento de una tipología, cuya importancia nadie niega, especialmente en las fases iniciales del proceso de investigación. De esta forma los historiadores se ven atrapados en la trampa del avance autónomo de estas ramas y del que, por lo general, no suelen hacer partícipes a los demás, con lo cual no llegan a pasar al terreno puramente histórico ya que se centran en los elementos que se derivan del material que ellos mismos elaboran.

Una gran parte del material está mal editado, es inaccesible o es desconocido. La peculiaridad del decurso histórico de los Balcanes, por ejemplo, ha impedido que llegara hasta nosotros suficiente información escrita que habría permitido acceder a la investigación sobre la sociedad y economía medievales de esta región. Esto concierne fundamentalmente a la documentación de la vida social cotidiana (relaciones de contribuyentes, documentos de compra, venta, testamentos, etc.), testimonios vivos de la realidad. Los estudiosos de este tipo de documentos ponen ese material a disposición de la comunidad científica a un ritmo demasiado lento. Nos encontramos pues con que el historiador de Bizancio carece de la facilidad que tiene el historiador del medievo occidental para moverse entre una masa de información convenientemente sistematizada y que le permite tareas tales como establecer correctamente la interrelación de elementos diversos para reconstruir el devenir histórico.⁵ Esta es la razón principal por la que recientemente se ha acometido la inventarización, es decir, la cuantificación de la documentación histórica para el período bizantino. El reducido número de documentos de la práctica diaria que cubren alrededor de seis siglos y que conciernen sólo a determinadas regiones, pero sobre todo la falta de variedad en la información constituyen un obstáculo para el análisis cuantitativo (estadístico, demográfico, fiscal, etc.). Por otra parte, para emprender estudios de este tipo, se deben tener previamente conocimientos sobre la organización de la sociedad bizantina y de los que, por ahora, el historiador carece, bien porque no haya encontrado la información imprescindible, bien porque no haya apurado la ya existente (p.e. existencia y organización del catastro, filosofía de la escala impositiva, etc.).

Los historiadores del medievo occidental, aunque disponen de un acervo documental e informativo mucho mayor, encuentran frecuentemente también dificultades para establecer la conveniente interrelación. Las magnitudes resultan a veces impresionantes para el historiador de Bizancio: p.e. en los

⁵ Después de la Segunda Guerra Mundial los historiadores de la Edad Media occidental han acometido desde diversos ángulos diferentes problemas partiendo siempre de una nueva lectura de las fuentes. Me limitaré a señalar, p.e., la obra en dos tomos de R.FOSSIER *Enfance de l'Europe* París, 1982, donde el lector puede hallar una rica bibliografía para la Edad Media. Otro buen ejemplo de este mismo tipo de línea de investigación para el período inmediatamente posterior a la Edad Media es el libro de F.BRAUDEL *Civilisation matérielle: Économie et Capitalisme* París, 1979.

Tratte de Florencia (catálogos de ciudadanos florentinos para la realización de funciones públicas) y que desde hace algunos años son objeto de investigación con la ayuda de la informática en la Universidad de Harvard, ascienden a un millón sólo hasta 1530.⁶ Otro ejemplo igualmente llamativo es que sólo para el período comprendido entre 1457 y 1509 se conservan, en Pisa, 21.000 actas de nacimiento y que son objeto de un proyecto de investigación de la Universidad de Münster.⁷

El historiador —sin dejarse atrapar por la magia de las magnitudes que probablemente lo conduciría al inventariado, propio de la metodología positivista, la cual parte de la idea de que los progresos en el conocimiento del pasado van acompañados del simple incremento de observaciones, es decir del número de hechos históricos, cosa que lleva a su vez a la historia de acontecimientos (*histoire événementielle*)— no puede, al menos para Bizancio, sino reconocer una impotencia básica, o sea la limitación impuesta por la ausencia de una gran masa de información.

Por lo que se refiere a la valoración de las dificultades en el acceso a los archivos bizantinos conservados, no hay que dejar de mencionar una y muy importante, y es que el mayor contingente de esta documentación se encuentra reunida en el Monte Atos y constituye un fragmento vivo de la Ortodoxia, inseparable a la vez de la vida misma de los monasterios. Aunque Bizancio dejó una producción intelectual escrita considerable -en cantidad y calidad-, ese material sigue siendo objeto, en gran medida, de investigación por parte de filólogos y teólogos, con el resultado de que el historiador continúa hasta hoy preso de un compromiso tácito. Así, toda una serie de fuentes cae fuera del campo de acción del historiador, viéndose seriamente limitado a los textos propiamente históricos. Cuando la realidad es que a partir de las vidas de santos se podrían extraer elementos muy valiosos para aproximarse a la historia de las mentalidades, y lo mismo para profundizar en el contexto social y ambiental del Egeo, en las condiciones de la vida material, la lengua, etc. Sólo ahora comienzan los historiadores a evaluar las posibilidades que se abren a partir de estas fuentes, tradicionalmente consideradas "menores". Este tipo peculiar de disponibilidad de las fuentes escritas obliga al historiador a recurrir, por ejemplo, a la arqueología, como si se tratara de una labor de reconstrucción de determinandos vacíos. En este punto se tropieza con el concepto que se tenga del objeto de la propia arqueología, en muchos casos se toma como centro de atención el monumento en sí pero no la sociedad que lo produjo y lo utilizó. Con este tipo de concepción el arqueólogo no investiga los otros vestigios de la vida material que, a veces, incluso se destruyen ante el señuelo de la búsqueda de la obra de arte. En Grecia interviene especialmente además otro tipo de factor negativo: el estado "vivo" del

⁶ D. HERLIHY "Un exemple de sources se prêtant au couplage des données" *Le médiéviste et l'ordinateur* 4 (1980) 2-3.

⁷ M. HILLEBRANDT - F. NEISKE "Les problèmes de l'onomastique médiévale dans le couplage" *ibidem* pp.3-9.

monumento, vinculado a la Iglesia, es decir, la Ortodoxia. Este intento de ver en el monumento o en la iconografía una imagen de la sociedad que lo construyó choca con el carácter sacro de dicho monumento y de la obra de arte. Esta conjunción entre historia y arqueología, por lo que se refiere a época bizantina, se encuentra todavía en expansión.

Sin embargo ya ha comenzado un intento de redefinición de la identidad del historiador de Bizancio así como de su objeto de estudio. Las últimas dos décadas, especialmente fecundas para las ciencias del hombre y de la sociedad, han actuado como un catalizador para los historiadores que diferencian sus métodos y teorías según los fenómenos y el período de que se ocupen. Los avances en sociología, etnología, lingüística, psicología o economía mueven al historiador a buscar una ampliación de sus horizontes en dirección hacia "otro tipo" de historia bizantina o, como se dice aún con cierta timidez, otra historia medieval,⁸ otra historia "nueva" que investigue con mayor o menor alcance y más allá de unos límites nacionales para reconstruir en profundidad los procesos históricos.

Para terminar, quisiera añadir que, aunque a escala menor, el historiador de Bizancio intenta aprovechar las posibilidades de las nuevas tecnologías, como la informática o nuevas técnicas de laboratorio, como la cromatografía (aplicada a los pergaminos purpúreos), la microfluorescencia (para estudio de las tintas), la microscopía electrónica para la micrografía,⁹ la fotografía aérea y la cartografía por satélite aplicadas para la detección y localización de emplazamientos medievales, etc. No obstante sería un error que todo el abanico tecnológico pudiera llegar a substituir la función del historiador. Detrás de las distintas técnicas e instrumentos continúa vigente la figura y función del propio historiador con toda su responsabilidad para la selección de las preguntas que plantea.

⁸ Cf. J. LE GOFF *Pour un autre Moyen-Age. Temps, travail et culture en Occident: 18 essais* París, 1977.

⁹ Cf. J. IRIGOIN "Méthodologie", y A. GUILLOU "Technologie" en el tomo XVI de *Internationaler Byzantinistenkongress, Akten I/1*, Viena, 1981, pp.3-41.